

Una versión resumida de esta reseña ha sido publicada en la Revista *Herramienta*, Nro. 23, Invierno 2003, Buenos Aires, pp. 202-205 y en *Actual Marx* (PUF) Nro. 35, Primer Semestre 2004, pp. 205-208.

---

## Un Manifiesto para la revolución (y la polémica)

Reseña de *An Anti-Capitalist Manifesto*, de Alex Callinicos (Polity Press, 2003).

*Por Fernando Lizárraga \**

No son muchos los que se animan a tanto. Alex Callinicos acaba de publicar el libro final de lo que él mismo denomina –quizá irónicamente– su “tríada hegeliana”. Con *An Anti-Capitalist Manifesto* se cierra una serie que comenzó en 1999 con el lanzamiento de *Equality* y siguió, dos años después, con *Against the Third Way*. Quienes hemos recorrido todas las páginas de la tríada no tenemos más que rendirnos ante la potencia de los argumentos, la exquisita erudición, la por momentos insuperable mordacidad y, sobre todo, ante el decidido y frontal debate que propone Callinicos en cada uno de los temas que aborda. Callinicos, cuya obra lamentablemente no está totalmente traducida al español, es uno de esos raros autores que se atreven a defender el marxismo en su versión más clásica (no dogmática, ni sectaria), que no tienen reparos en sostener que no hay otra alternativa que el socialismo, que la única vía posible es la vía revolucionaria, que el posmodernismo ha muerto (por fortuna), que los Estados siguen siendo principalísimos actores en la escena global y que la clase trabajadora organizada es una fuerza social decisiva para el éxito de cualquier lucha anti-capitalista (1). Más aún, Callinicos se anima de poner en discusión un programa de transición al socialismo, propuesta que ofrece para que sea tomada por todos aquellos que hoy se sienten incluidos en el denominado Movimiento Anti-Capitalista (MAC).

Por cierto, lo mejor sería leer la serie completa para sacarle todo el jugo al reciente *Manifiesto*, pero este libro vale por sí mismo. En esta reseña apuntaremos algunos de los temas centrales del texto, prescindiendo de los buenos resúmenes que ofrece el autor al final de cada capítulo, pero respetando el hilo de la argumentación. Nobleza obliga: esta no es una reseña imparcial. Quien la escribe ha sido alumno de Callinicos en la Universidad de York y ha podido disfrutarlo como supervisor de disertación, y verlo en acción frente a auditorios tanto académicos como políticos. El *Manifiesto* refleja ambas facetas del autor, su condición de académico riguroso y su infatigable militancia como dirigente del Socialist Workers Party (SWP) inglés. Y así como Callinicos ha tenido la cortesía de agradecer siempre a sus alumnos por lo que ha aprendido de ellos, es menester decir que esta reseña puede estar teñida de cierta subjetividad que el lector sabrá disculpar. Aunque, a decir verdad, sólo unos pocos podrán dejar de reconocer que se trata de un texto que alcanza un nivel poco habitual.

Conviene, a veces, empezar por el final. En el epílogo, Callinicos sostiene: “Mi conclusión es que este movimiento [el MAC] puede tener éxito solamente a través de una transformación revolucionaria que establezca un nuevo sistema económico global basado en la propiedad social de los principales recursos productivos y en la

planificación democrática” (p.148) (2). En pocas palabras, nuestro autor se dirige a los miembros del MAC y les señala el camino que, según su entender, es el único que queda abierto tras considerar varias alternativas. La conclusión de Callinicos no es apresurada. Surge de tres vertiginosos capítulos en los que va desgranando su pensamiento.

Con las inevitables mutilaciones que supone toda reseña, el argumento de Callinicos podría resumirse así: cuando todos pensaban que el capitalismo había triunfado definitivamente y que no había ninguna fuerza social capaz de desafiarlo abiertamente, estalló Seattle el 30 de noviembre de 1999. Este “evento no programado” dio origen al denominado Movimiento Anti-Capitalista, asentado sobre varias luchas precedentes y un fuerte “renacimiento de la crítica social” que, a su vez, marcó al colapso definitivo de la moda posmodernista. Con el movimiento en marcha, se planteó, entre otros, el problema del nombre. Callinicos prefiere llamarlo anti-capitalista, lo cual no es un asunto menor ya que obliga (y supone) definir quién es el enemigo, cuál es la alternativa y cuáles son las estrategias para realizar dicha alternativa. Un segundo problema para el MAC emergió como consecuencia del ataque terrorista contra el World Trade Center. Sin embargo, y pese a que se vio amenazado, el MAC sobrevivió y profundizó su agenda. En este punto, Callinicos se pregunta “cuál es el problema” y responde sin dudar que el problema es el sistema capitalista mismo. A esta instancia llega tras analizar las “locuras financieras” y describir magistralmente al capitalismo como una “máquina de movimiento perpetuo” que entraña, ineluctablemente, “la acumulación y la catástrofe”, y que asegura su dominio mediante la “espada del Leviatán”. Frente a este formidable sistema, el MAC aparece como un movimiento heterogéneo, en el que conviven (no sin dificultades) varias tendencias y estrategias. Así, Callinicos analiza una por una las “variedades de anti-capitalismo” y se pronuncia a favor del anticapitalismo-socialista; retorna sobre la clásica pregunta sobre ¿reforma o revolución? y no vacila en recomendar la segunda. Luego, como para darle cuerpo a la vía revolucionaria, comienza a “imaginar otros mundos”, para lo cual repasa los “valores anticapitalistas”, discute sobre la diversidad y la universalidad, explica “qué está mal con el mercado”, analiza “por qué necesitamos planificación” y nos entrega un programa de transición que desafía la lógica del capitalismo. Los fragmentos entrecorridos corresponden, casi exactamente, a los títulos y subtítulos del libro.

Es obvio que se trata de una obra pensada hasta en su más mínimo detalle aunque el autor confiesa que terminó de elaborar el esquema argumental en la sala de embarque de Porto Alegre tras el Foro Social II. Pero también es cierto que en *Against de Third Way* ya se encuentra en germen el entramado de este nuevo *Manifiesto*, cuando Callinicos produce sus nueve tesis anticapitalistas (3). En suma, el libro es “un argumento sobre la naturaleza del movimiento internacional contra la globalización capitalista y el tipo de estrategia y programa que debería perseguir” (cf. Prefacio). Creo, también, que esta obra es un acto de audacia política, que busca provocar más debates hacia el interior del MAC y forzar algunas definiciones pendientes. En esto, Callinicos es perfectamente coherente ya que, en su clásico manual *The Revolutionary Ideas of Karl Marx*, enfatiza la necesidad de “audacia, audacia y todavía más audacia” (Callinicos 1996: 182).

En la *Introducción*, Callinicos toma como punto de partida el supuesto triunfo del neoliberalismo durante los años noventa, triunfo que se vio apuntalado por la pretendida defunción de las “grandes narrativas” proclamada a todos los vientos por los

intelectuales posmodernos. Una tal exaltación de la hegemonía neoliberal tenía su costado paradójico. Callinicos cita a Susan George, vicepresidenta de ATTAC, diciendo: “En 1945 o 1950, si hubieses propuesto seriamente alguna de las políticas e ideas de la caja de herramientas estándar del neoliberalismo actual se te habrían reído hasta sacarte del escenario y enviarte a un asilo para locos” (p.2) (4). Sin embargo, la radicalidad e intransigencia de los teóricos neoliberales (y por supuesto la aplicación de sus recetas) hizo que se llegase a un punto en que pareció que el capitalismo no tenía adversarios. Todas las visiones antagónicas del mundo se habían esfumado. Parecía hacerse realidad el pronóstico de Daniel Bell quien ya en los años ‘60 había proclamado el fin de las ideologías. El Consenso de Washington, estandarizado en sus líneas fundamentales por John Williamson, y abrazado amorosamente por Clinton, Blair y sus compinches parecía invencible.

Frente a ese mundo hecho de fragmentos y a la vez, presuntamente globalizado, la movilización de Seattle apareció como un “evento no programado” a partir del cual fue tomando cuerpo el MAC. La movilización de Seattle no sólo hizo fracasar la Ronda del Milenio de la Organización Mundial del Comercio (OMC) sino que, según Callinicos “le dio a millones de personas en todo el mundo la confianza para desafiar al neoliberalismo” (p.5) Con toda su relevancia, los hechos de Seattle no fueron producto de generación espontánea. Reconocen antecedentes tanto en una larga lista de eventos que fueron moldeando al MAC en su versión más acabada y en lo que Callinicos denomina “renacimiento de la crítica social”.

La revuelta en la ciudad de Microsoft y Boeing, marcó, para Callinicos, un cambio cualitativo en la protesta anti-capitalista. Como antecedentes relevantes, nuestro autor señala el debate en torno al Nafta, que puso en el centro de la escena el problema de la globalización; el no menos espectacular alzamiento Zapatista como respuesta, precisamente a las terribles consecuencias del acuerdo de libre comercio norteamericano; y la proliferación de ONGs alentada por la teoría de la *global governance* propuesta por las instituciones rectoras del capitalismo. No menos importantes como antecedentes de las jornadas de Seattle fueron campañas tales como las de Jubileo 2000, que abogaba por la cancelación o alivio de la deuda externa del Tercer Mundo, las crisis financieras de Rusia y el Este Asiático y la crítica que estos fenómenos suscitaron por parte de economistas sistémicos como Joseph Stiglitz, Paul Krugman, Jeffrey Sachs, y hasta el mismísimo George Soros (5).

Observando este proceso de acumulación de fuerza anticapitalista, Callinicos se atreve a fijar los límites temporales de la hegemonía neoliberal entre el momento de la Caída del Muro de Berlín y la protesta de Seattle. Esto es sin duda audaz y alentador. La hegemonía neoliberal ya no es tal. El capitalismo tiene un adversario que está allí, organizándose, actuando, pensando en alternativas y estrategias. “Este proceso contestatario involucra más que campañas de activistas y protestas callejeras. Una de las razones por las que podemos hablar de un *movimiento* global es porque encontró articulación ideológica en un cuerpo de escritos críticos producidos por una variedad de intelectuales” (p. 9). Entre ellos, Callinicos destaca, principalmente a Pierre Bordieu y a Noam Chomsky. Estos y otros más jóvenes pero no menos influyentes han permitido la renovación del pensamiento crítico ya que “la crítica social era justamente el tipo de discurso que el posmodernismo buscó prohibir” (p. 10). Y agrega que “la reemergencia de discursos y movimientos anti-capitalistas, por lo tanto, marcan el quiebre de la hegemonía que el posmodernismo ejerció sobre el pensamiento *avant-garde* durante

buena parte de las últimas dos décadas. Una señal de este cambio intelectual es la declinación de la casi obsesiva preocupación por las cuestiones culturales que vinieron a dominar la academia radical durante los '90 y una renovada preocupación por lo material" (p.11) Ya en su excelente introducción a la teoría social, Callinicos advertía cómo en las estanterías de las librerías británicas la sección sociológica había sido devorada por otras más vastas secciones dedicadas a los "estudios culturales" de clara prosapia posmoderna (cf. Callinicos 1999: 2). Esta obsesión con los temas culturales, típica de los ochenta, ha sido reconocida con brutal franqueza por Naomi Klein quien, citada por Callinicos, afirma que los activistas e intelectuales de su generación "...estuvimos muy ocupados analizando las imágenes que se proyectaban en la pared como para notar que la pared misma había sido vendida" (p.13). En suma: un movimiento real, apoyado por una fuerte renovación del pensamiento crítico son elementos cruciales para entender ese evento no programado de Seattle y todos los que le siguieron hasta constituir el MAC en su forma actual, forma que, como se verá tiene contornos aún muy difusos.

He usado la sigla MAC (Movimiento Anti-capitalista) tras haber advertido que dicho nombre también sigue siendo objeto de controversia. De ello ocupa Callinicos no sin antes afirmar con un dejo de alegría que "...el gran debate sobre el capitalismo ha sido reanudado, doscientos años después de haber comenzado en las postrimerías de la Gran Revolución Francesa. El posmodernismo ahora es historia" (p. 13). Pero no es historia porque el debate académico haya quedado clausurado, sino porque la revuelta mundial contra el capitalismo ha cambiado la agenda. El problema del nombre, sin llegar a ser al más importante, es un buen punto de partida para comenzar a entrever las tensiones, contradicciones y diferencias que coexisten dentro del movimiento. Para elegir el nombre apropiado del movimiento naciente, Callinicos se pregunta cuál es la naturaleza del enemigo, esto es, si el adversario es el neoliberalismo y las políticas inscriptas en el recetario del Consenso de Washington o si, en definitiva, el rival es nada más y nada menos que el modo de producción capitalista mismo. Frente a este interrogante, Callinicos opta por la denominación "anti-capitalista" por dos motivos: primero, porque el movimiento no se opone a la globalización *per se* y es, en esencia, un movimiento que aspira a ser y se reconoce como global. Desde luego, nuestro autor es consciente de que tal vez la mayoría de los miembros del MAC no piensan que lo mejor que podría ocurrir es el reemplazo del sistema capitalista. Pero, y esta es la segunda razón para elegir el nombre, las características del movimiento, siguiendo los lineamientos propuestos por Immanuel Wallerstein, entre otros, coinciden con las de un movimiento anti-sistémico. Luego, si el sistema de referencia es el sistema capitalista, bien puede hablarse de Movimiento anti-capitalista (cf. p. 14-15). (6).

Resuelto el problema de cómo nombrar al movimiento, Callinicos se detiene a examinar "otro evento no programado": los atentados terroristas contra el World Trade Center. Esta breve discusión tiene un propósito fundamental: mostrar que el MAC -lejos de retroceder frente a la ola de marcarthismo desatada por George Bush Jr. al lanzar su guerra global contra el terrorismo- amplió su agenda para incluir reclamos anti-bélicos y anti-imperialistas. Asimismo, y quizá esto esté dirigido a los lectores no afines al MAC, Callinicos se ocupa de enfatizar el compromiso del movimiento con formas de auto-organización abiertas, democráticas y modos de protesta no violentos, pese a que algunas minorías como el *Black Bloc* han recurrido "estúpidamente" a tácticas violentas. Pero claro, dice Callinicos, no es lo mismo romperle un cristal a Mc Donalds que estrellar aviones contra edificios. Así, nuestro autor pone las cosas en su justa medida

para refutar los lamentos de cierta prensa que intentó asociar al MAC con los ataques terroristas con del 11 de setiembre de 2001. Quizá, conjetura nuestro autor, el efecto más notable de estos atentados fue el de cambiar el foco del MAC, centrado en Estados Unidos, y desplazarlo hacia Europa y América Latina. No obstante, también es cierto que los ataques contra las Torres Gemelas amenazaron de muerte a la incipiente alianza entre trabajadores organizados y las ONGs ambientalistas, la denominada *turtles and teamsters alliance* (cf. St. Clair 1999: 83).

Conviene tal vez citar *in extenso* el final de la Introducción para comprender el alcance del texto que continuaremos reseñando. Aquí, Callinicos reconoce que las cuestiones pendientes del MAC son la

“naturaleza del enemigo, la estrategia requerida para derrotar a este enemigo, y la sociedad alternativa que dicha victoria hará existir. De muchas maneras, ha sido una fuente de fortaleza del movimiento el que haya sido hasta el momento ambiguo en sus respuestas a estas cuestiones, pero no tiene por qué seguir siendo así. El objetivo de este libro es ofrecer un conjunto de respuestas a estas preguntas. Aunque contiene un programa (Capítulo 3), es menos un manifiesto político que un extendido argumento acerca de aquello por lo que el MAC debería luchar. Ha sido de algún modo inspirado en el *Manifiesto del Partido Comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels. Sería un tonto esfuerzo intentar mejorar o actualizar tal clásico. Pero el *Manifiesto* es el más celebrado texto de la crítica de Marx al modo de producción capitalista- una crítica que el MAC está reanudando tanto en la teoría como en la práctica, aún cuando la mayoría de sus activistas rechazarían la etiqueta de Marxistas. Marx es por lo tanto un punto de referencia fundamental en lo que sigue, y esporádicamente he adoptado la forma del *Manifiesto*. Naturalmente, este breve libro no puede reclamar ser definitivo...Este es *un* manifiesto anti-capitalista: puede y debería haber muchos otros. Mis argumentos representan una mirada particular sobre lo que es este movimiento –una mirada que está más influida por la tradición revolucionaria marxista de lo que muchos probablemente encontrarán confortable. Los ofrezco de todos modos tanto como una contribución al debate dentro del movimiento y con la esperanza de persuadir a más gente que de otro mundo es, en efecto, posible” (p 19-20).

## **El enemigo**

En el Capítulo 1, titulado “Capitalismo contra el Planeta”, Callinicos se pregunta ¿cuál es el problema? Aquí está siguiendo el plan de trabajo imaginado, el cual consiste en identificar primero al adversario, luego pensar la estrategia y finalmente las alternativas. Hemos dicho que la erudición es una nota clave del trabajo de Callinicos. La información es abundante, conclusiva, y seleccionada de tal modo que dista de abrumar al lector. Dos son los asuntos que orientan este tramo de la obra. En primer lugar, Callinicos refuta, con datos, el cacareo de los apologistas del Consenso de Washington quienes sostienen a la vez, que el capitalismo es el sistema más eficiente para producir crecimiento económico y (con énfasis en la y), por esa misma razón, el único capaz de reducir la pobreza y la desigualdad. No obstante, entre los dichos y lo hechos hay una abismo insuperable. Callinicos demuestra, recurriendo a fuentes propias de las organizaciones capitalistas que la promesa de crecimiento vociferada por el neoliberalismo está lejos de cumplirse. Las décadas del ‘60 y del ‘70 mostraron indicadores de crecimiento (y otros tan relevantes como mortalidad infantil,

escolarización, expectativa de vida) mucho mejores que los de las dos últimas décadas de hegemonía neoliberal. De los cinco grupos de países analizados en un informe del *Center for Economic and Policy Research*, tres tuvieron crecimiento menor al de las décadas de postguerra. De los dos grupos que crecieron, el Sudeste Asiático y el Sur Asiático, el primero entró en una recesión devastadora, el otro, la evitó porque se negó a seguir a pie juntillas el recetario del FMI. Así “juzgado por su propia vara del crecimiento económico –afirma Callinicos- el neoliberalismo ha sido un fracaso. Pero desde la perspectiva del Consenso de Washington, el problema ha surgido no de demasiada privatización y desregulación, sino de demasiada poca” (p. 25). La lógica del capitalismo en su forma actual es implacable: los desastres generados por el ajuste se deben a que el ajuste siempre es poco, y el remedio es más ajuste, más reformas estructurales. En Argentina conocemos –trágicamente- demasiado bien esta historia como para abundar en más detalles.

También nos es familiar la cantinela sobre un capitalismo más humano y regulado. A esto, Callinicos responde con un no categórico. La lógica propia del capitalismo –explotación y acumulación competitiva- hacen imposible su humanización. “El neoliberalismo, al vaciar muchas de las instituciones y prácticas que hicieron tolerable al capitalismo (al menos en el Norte próspero), ha puesto en foco más agudo sus defectos constitutivos, pero estos defectos siempre han estado allí, y sólo pueden ser removidos, creo, por su destitución” (p.26). Agrega algo que a nuestro juicio es fundamental: el capitalismo como sistema económico es inviable, pero el caso no es solamente económico. Callinicos pone de relieve que en el seno del MAC hay una profunda “revulsión moral” contra el mecanismo propiamente capitalista de reducir todo a la forma mercancía, incluso en la esfera de la cultura. Por eso, asegura que “un impulso dentro del MAC es el deseo de escapar, de crear un espacio libre de los imperativos del mercado” (p.28).

Uno de los fenómenos más visibles de los movimientos del mercado son, desde luego, los omnipresentes y aparentemente omnipotentes mercados financieros. Callinicos no está convencido (y sus argumentos son suficientemente persuasivos) de que los mercados financieros sean el núcleo del problema. No niega -por supuesto- que tras el colapso del modelo de Bretton Woods el sistema financiero internacional ha cobrado una relevancia antes insospechada. Sin embargo, las “locuras financieras” son apenas un síntoma, muy actual, de un problema más viejo y profundo. Por un lado, no es cierto que el circuito financiero sea un espacio autónomo, naturalizado como un objeto animado por sus propias fuerzas. Al contrario, Callinicos insiste en que los mercados financieros no son “cosas” sino “relaciones”. Afirma que la esfera de las finanzas globales no posee autonomía, ya que es el resultado de luchas políticas e ideológicas, y está sustentada en organizaciones muy concretas, articuladas en torno al eje Wall Street, Secretaría del Tesoro de EE.UU, y las Instituciones Financieras Internacionales (IFIs). “Los mercados financieros son a menudo representados como un fenómeno, autónomo, casi natural...Marx describió al capitalismo como ‘un mundo encantado e invertido, el mundo del revés, en el que *Monsieur le Capital et Madame la Terre*, son a la vez caracteres sociales y cosas’. Pero, por supuesto, los mercados financieros son relaciones sociales, no cosas. Más aún, el crecimiento en su poder (o, estrictamente hablando, en el poder de los actores que operan principalmente en los mercados financieros) en la pasada generación es en parte resultado de luchas políticas e ideológicas” (p.30). (7)

Y está visto que los mercados financieros, pese a sus sofisticados mecanismos de *hedging* y gerenciamiento del riesgo, son vulnerables a las burbujas, las especulaciones y las diversas maniobras de sus actores. No es menor el hecho de que personajes como Jeffrey Sachs y George Soros hayan salido a advertir sobre los peligros que para el sistema representan los desbocados mecanismos de la finanzas globales. Joseph Stiglitz ha demostrado que estos mercados no se corrigen a sí mismos, lo cual le recuerda a Callinicos la acertada metáfora de Keynes quien comparó a los esquemas financieros con un “casino” (p.33). Pero los cráneos neoliberales no escarmentan frente a las repetidas crisis de los denominados “mercados emergentes” y siguen recetando como remedio a la enfermedad misma (p. 33). Claro que hay otras recetas para curar la crónica inestabilidad de los mercados. Una, es el retorno a Keynes, cosa que Callinicos descarta de plano por impracticable. Otra, es buscar un intento de regulación a escala internacional, con efectos redistributivos, como la Tasa Tobin. Sobre ésta, Callinicos se muestra ambivalente. Por un lado, la cuestiona porque sus fundamentos no suponen una crítica a fondo de capitalismo ya que localiza el problema en el “desanclaje” de los mercados financieros. Pero, como se verá más adelante, no duda en incluirla en el programa de transición. Es preciso decirlo ahora: la ambivalencia del autor es legítima y describirla como tal no supone contradicción alguna, a menos que no se entienda qué significa un programa de transición, concebido, como lo hace Callinicos, desde la tradición socialista revolucionaria. En fin, dice nuestro autor, para criticar al capitalismo no hay que recurrir ni a Keynes ni a Tobin, sino a Marx (p. 35).

Así, Callinicos inicia su crítica al sistema capitalista definiéndolo como “la máquina del movimiento perpetuo”. No nos detendremos a resumir la precisa argumentación que ofrece el autor. Sólo señalaremos algunos elementos significativos. Callinicos apunta que lo que distingue al capitalismo son dos rasgos fundamentales: la explotación del trabajo asalariado y la acumulación competitiva del capital. Estos dos elementos corresponden a las dos relaciones constitutivas del capitalismo: entre el capital y el trabajo, y entre los capitalistas mismos. Ambas relaciones, la vertical y la horizontal, son conflictivas. De aquí se sigue que el antagonismo de clase no es accidental sino propio del sistema; que la relación de explotación entraña una “profunda injusticia” porque los trabajadores no sólo no reciben el fruto de su trabajo sino porque son compelidos a vender su fuerza de trabajo; y que esta relación de dependencia, la explotación, no sólo es indispensable para que los capitalistas generen sus ganancias, sino que, fundamentalmente, evidencia que los trabajadores también son poderosos (p. 35-36). Esta aseveración es crucial, porque a menudo suele asociarse la explotación con la falta de poder de los trabajadores. De algún modo esto es cierto, pero también es cierto lo contrario.

Pero la crítica al capitalismo –abunda Callinicos- no puede agotarse en esta relación vertical. La competencia entre capitalistas también es constitutiva, porque explica el *por qué* de la explotación y también explica la *trayectoria* del sistema. “El capitalismo está caracterizado al mismo tiempo por su dinamismo y su inestabilidad” (p.37) Entre otras razones, esto es así porque “hacer lo que es individualmente racional a menudo produce colectivamente resultado subóptimos”(p.38). De aquí surge la tendencia a la declinación de la tasa de ganancia, que prohija recesiones, aumento de la tasa de explotación, destrucción de capital, todo lo cual cierra un auténtico “ciclo infernal” (p.39). Este ciclo infernal tiene, para Callinicos, dos signos distintivos: la acumulación y la catástrofe. El proceso de acumulación capitalista, signado por momentos de sobre-inversión, sobre-capacidad, especulación descontrolada, etc. arroja

al planeta al borde de la catástrofe en términos de recursos. Por lo tanto, tras analizar la teoría de John McNeill sobre los *clusters* productivos, nuestro autor condena sin eufemismos al capitalismo por ser el causante de la destrucción ambiental y el agotamiento de los recursos naturales. Ejemplos sobran. Baste recordar que la administración Bush debutó denunciando los Protocolos de Kyoto sobre emisión de gases contaminantes y que los cinco *Gene Giants* (Monsanto, Astra Zeneca, Du Pont, Novartis y Aventis) siguen produciendo sus semillas suicidas y otras lindezas por el estilo. En suma, “la lógica de la acumulación competitiva no sólo causa profundas crisis económicas sino que es la principal fuerza detrás del creciente proceso amenazante de destrucción ambiental” (p. 49). (8)

Todas las fechorías capitalistas desde luego, no son posibles mediante métodos idílicos. Ya lo decía Marx en su insuperable descripción de la acumulación primitiva (cf. Marx 1990: 874). El sistema se apoya también sobre “la espada de Leviatán” ya que la competencia económica horizontal se traduce en rivalidades diplomáticas y militares (p.50). Callinicos no duda en admitir la supremacía militar de Estados Unidos. Es una lástima que este nuevo *Manifiesto* haya sido publicado en las semanas previas a la invasión de Irak, porque de ese modo podría haber incluido la prueba final de que el “Imperio” imaginado por Negri y Hardt existe sólo en su posmoderna gran narrativa (valga el oxímoron). Así, y a la luz de la tajante amenaza de George Bush tras los atentados a las Torres Gemelas, Callinicos sostiene que Negri se equivoca al pensar al mundo como un espacio homogéneo sin centro(s) de poder. Para nuestro autor, los teóricos neoliberales reconocen abiertamente “la necesidad de una afirmación unilateral del poder Occidental *vis-a-vis* el resto del mundo, en otras palabras, de imperialismo” (p.53) (9). Sería absurdo pensar que el capitalismo no ha cambiado un ápice en las últimas décadas, pero estos cambios no han sido estructurales. De allí que la clásica teoría del imperialismo, según Callinicos, sigue siendo útil para interpretar al capitalismo en su forma contemporánea. Por ende, subraya que si bien los imperios coloniales se han desvanecido, su consecuencia más palpable, la brecha Norte-Sur, se mantiene y muestra a las claras la abrumadora desigualdad global. También señala que la estructura de poder capitalista, con sus cambios y continuidades, reside en gran medida en los Estados nacionales, idea ésta que había sido dada por fenecida por los más radicalizados apologistas de la globalización. Finalmente, y quizá sea éste el elemento distintivo más notable del capitalismo contemporáneo, existe una disociación entre las rivalidades económicas y militares. Los enemigos económicos de EEUU no son sus enemigos militares. Sólo China, anticipa Callinicos, parece tender a hacer coincidir ambos aspectos. De este panorama, surge entonces una geopolítica híbrida que oscila entre el multilateralismo y el unilateralismo, que con la invasión a Afganistán parece haberse inclinado hacia la segunda opción. En fin, “el capitalismo es también imperialismo: viene armado hasta los dientes contra rivales externos e internos” (p. 65).

### **El Movimiento**

Armado hasta los dientes viene entonces el capitalismo, y uno de sus rivales es el Movimiento Anticapitalista. De su naturaleza, sus alcances y sus límites, trata el Capítulo 2 del *Manifiesto* de Callinicos. Una y otra vez, el autor insistirá en una tensión fundamental: la diversidad del movimiento, diversidad de concepciones, diversidad de objetivos, diversidad de estrategias. Estas diferencias son, a la vez, fuente de su fortaleza y de su debilidad. Advirtiendo que intenta en la medida de lo posible evitar una simplificación caricaturesca, nuestro autor se propone clasificar las diversas



tendencias que coexisten dentro del MAC. La clasificación, lejos de ser exhaustiva es en extremo útil, especialmente, para los no iniciados, y seguramente polémica para los más militantes. En este punto es donde Callinicos tomará partido por una visión y una estrategia.

El primer grupo que parecería merecer el rótulo de anticapitalista es aquel compuesto por las corrientes más reaccionarias. Tras algunas consideraciones sobre el “anticapitalismo romántico” que busca un retorno a formas sociales orgánicas pre-capitalistas, Callinicos advierte la amenaza que conllevan ciertas tendencias, muy presentes en la ultra-derecha norteamericana, las cuales se oponen a la globalización desde una perspectiva cuasi fascista y conspirativa. Lo que está en juego para estos grupos es la identidad norteamericana (blanca, masculina y cristiana) frente a un mundo globalizado. También advierte Callinicos, para evitar confusiones, que el nazismo, pese a su retórica antiliberal, está lejos de ser anticapitalista. *In nuce*, el problema del anticapitalismo reaccionario es que es cualquier cosa menos anti-capitalista, pero, como bien anticipa el autor, es de temer porque puede ser alentado si fracasan las formas “más universalistas y auténticamente radicales” del anticapitalismo (p.70).

Hay también, aunque parezca mentira, un anti-capitalismo burgués. La queja de estos grupos no es contra el capitalismo *per se* sino contra su extremado poderío, contra el vaciamiento de la política. Estos anticapitalistas burgueses aceptan la tesis de la defunción de los Estados-nación y, con la mira puesta en los negocios, buscan hacer más negocios a partir del humor anticapitalista. En ciertos casos, apunta Callinicos, hay sectores capitalistas que honestamente financian ciertas luchas del MAC, como por ejemplo la lucha contra las formas corporativas más inhumanas de explotación en los *sweatshops*.

En tercer lugar, hay un anticapitalismo localista que aboga por remediar los males del capitalismo en su forma actual mediante reformas en la economía de mercado. Uno de los casos paradigmáticos se observa en la idea de *fair trade* entre el Norte y el Sur. El “*fair trade* es localista en el sentido de que busca justicia no (en primera instancia) en la transformación del sistema, sino en el desarrollo de micro relaciones entre una serie de actores de mercado empezando por los productores inmediatos, a través de un sistema de distribución alternativa hacia el consumidor socialmente consciente” (p.75). Se trata en suma de un retorno a la comunidad pequeña, a un mercado reducido en su extensión, reminiscente, según Callinicos de algunas ideas Proudhonianas a quien Marx dedicara una de sus más virulentas críticas. No hace falta decir que Callinicos comparte dichas críticas pero apunta que, acaso, este anticapitalismo localista tiene la virtud de poner en el centro de la escena el rol de los Estados (p. 76).

Una cuarta variante es el denominado anticapitalismo reformista que busca que el Estado introduzca algunas regulaciones capaces de mejorar el sistema. Estos reformistas, por supuesto, no tienen un horizonte socialista como alguna vez ocurrió. Sólo quieren “regular y humanizar” el capitalismo (p.76). Se distinguen de los localistas en que su perspectiva parte del nivel nacional y se extiende al plano internacional, con agudas críticas a las IFIs, como en el caso de Walden Bello, quien propone el retorno a un sistema más pluralista como el de la época de Bretton Woods. El grupo ATTAC, que promueve la introducción de la Tasa Tobin es uno de los grupos reformistas que Callinicos identifica como emblemáticos, asociado como está a la corriente de opinión

liderada por el influyente *Le Monde Diplomatique*. Asimismo, esta variante anti-capitalista tiene su expresión en el denominado *souveranisme*, encabezado por Jean Pierre Chevenement, quien impulsa medidas para la restauración de la soberanía nacional. Sería injusto decir que estas versiones son aislacionistas. La Tasa Tobin, por caso, no puede aplicarse sino a escala internacional. Lo característico de estos reformistas es que descreen profunda y militantemente de la vía revolucionaria y alientan un retorno al modelo keynesiano, como lo hace explícitamente Susan George. (p. 79). Pero, también es cierto, que el énfasis en las autonomías nacionales deja a muchos Estados en situación de enorme desventaja debido a las contingencias históricas y geográficas que los colocan en la posición de perdedores desde el vamos. Así, la intención de remediar la injusticia global es un caso perdido para los reformistas.

El quinto lugar en la taxonomía de Callinicos le cabe al anti-capitalismo autonomista. Esta tendencia se distingue por su método organizativo y su rechazo visceral a cualquier forma de poder centralizado. Toni Negri es, indudablemente, el inspirador del autonomismo italiano que, en el seno del MAC, se expresa en los *tute bianche*, también conocidos como los *disobbedienti*. Naomi Klein, autora del meritorio *best seller No logo*, es la figura más representativa de esta corriente para Norteamérica. Como se indicó, los autonomistas se ufanan por formar coaliciones de coaliciones, un modelo organizativo *laissez faire*, el cual, según sus teóricos y practicantes, tiene a la vez el mérito de desafiar la lógica organizativa de las corporaciones y la fortaleza táctica de ser incontrolables por estas últimas. Se trata en, definitiva, de la estrategia del “enjambre”, una evolución entomológica de la estrategia de la “pulga” pergeñada por los zapatistas. Actores centrales de esta corriente son las ONGs y, en un plano más “metafísico” la multitud de Negri & Hardt. Al respecto, Callinicos enfatiza que Luca Casarini y Michael Hardt denunciaron en Porto Alegre II a “la izquierda burguesa y al socialismo de trabajadores blancos de origen Europeo, y celebraron el alzamiento Argentino de diciembre de 2001 como una vindicación de su aproximación alternativa: ‘...es el trabajo de la multitud lo que aparece como el único principio constitutivo. Lejos de ser un problema, la fragmentación de la clase trabajadora y de sus representantes sindicales constituye la condición para la afirmación de una multiplicidad social capaz de (sic) encender la crisis del Estado (incluidas las fuerzas armadas) ya que puede transformar el fracaso de la democracia de las técnicas financieras en un proceso sin precedentes de democracia radical’” (p. 83). Sin embargo, para Callinicos, las metáforas que abundan para describir la estrategia autonomista poco clarifican dicha estrategia. Además, como reconoce Klein, la estrategia autonomista no es un problema irresoluble para las grandes corporaciones, como lo demuestra un informe de la Rand Foundation que propone, para el caso de los zapatistas, enfrentar esta “guerra social en red” mediante la infiltración de ONGs que respondan a los planes de Washington (10).

Llegamos finalmente a la sexta tendencia dentro del MAC, el anti-capitalismo socialista. Callinicos, quien no titubea en colocarse dentro de en esta corriente, sostiene que “durante la mayor parte del siglo XX, el socialismo y el anticapitalismo fueron largamente categorías coincidentes” (p. 84). Sin embargo, los retrocesos sufridos por la izquierda tras el reflujo de los movimientos nacidos en las revueltas de 1968 y el derrumbe del stalinismo hicieron que socialismo y anticapitalismo dejaran de ser sinónimos. El clima intelectual no sólo celebró el triunfo del capitalismo liberal sino que parece haber admitido el eclipse del marxismo. Para nuestro autor, dado que la socialdemocracia ha renunciado al socialismo, sólo quedan algunas organizaciones trotskistas que han asumido la vía revolucionaria y socialista contra el capitalismo. Con

la excepción de algunos grupos dogmáticos y sectarios, los trotskistas de la Cuarta Internacional y de la Tendencia Socialista Internacional (a la cual pertenece el SWP inglés) han decidido participar plenamente en el MAC. Con todo, su presencia es minoritaria. “La idea de que el socialismo es la alternativa al capitalismo todavía tiene poca cabida en el Norte por lo menos....depende de los socialistas mostrar, a veces frente a la hostilidad de las ONGs más conservadoras y de los autonomistas, que su concepción del mundo es relevante para este nuevo movimiento –que el socialismo es una alternativa creíble y factible al capitalismo, y que la clase obrera organizada es el agente decisivo de la transformación social” (p. 85).

A esta altura del argumento, Callinicos se dispone a enfrentar, por enésima vez en la historia de las luchas antisistémicas, el viejo pero actual problema de reforma o revolución. Pero antes de explicar la razones por las cuales sólo la segunda vía está abierta, el autor repasa con crudeza las amenazas que se ciernen sobre el MAC, amenazas que dimanan de las dos posibles respuestas que el capitalismo tiene preparadas para los rebeldes. Es decir, el *establishment* internacional está dispuesto a, o bien cooptar a ciertas secciones moderadas del MAC para aislar a los sectores radicales, o bien reprimir sin miramientos cuando siente que la primera estrategia ha fracasado. El intento de diálogo con el MAC ha tenido varios episodios: desde la participación de representantes de las IFIs en los Foros Sociales hasta los acercamientos oportunistas de ciertos gobiernos, como el de Lionel Jospin a los activistas de ATTAC. La distancia entre el diálogo y la cooptación siempre es difícil de medir. Algunos llegan a acusar a ciertas ONGs de estar “al servicio del Imperialismo”. Para Callinicos, no hace falta ser tan duros, pero tampoco puede negarse que las ONGs se encuentran en una posición muy ambigua ya que “independientes es precisamente lo que no son” (p. 87). Muchos de los programas de ajuste estructural, rebautizados con la menos brutal frase de Estrategias de Reducción de la Pobreza, necesitan de las ONGs para la administración de los fondos, para controlar al Estado y para participar en el simulacro de democracia participativa que suponen estos esquemas. Y cuando la estrategia de la incorporación falla, siempre está la represión para hacer el trabajo más sangriento. La celebrada fragmentación de los autonomistas no fue una táctica que impidiera el asesinato de Carlo Giuliani en Génova. Callinicos afirma que la respuesta represiva del gobierno de Silvio Berlusconi “llamó la atención sobre una verdad largamente enfatizada por el marxismo clásico- que el Estado, como violencia concentrada y organizada, actúa como última línea de defensa de las relaciones de propiedad capitalista” (p. 92) Y esto no ocurre sólo a nivel doméstico, sino que, como hemos visto, el imperialismo hace la guerra sin reparar siquiera en las mínimas formalidades de la comunidad internacional, como lo demostró en Afganistán y ahora en Irak.

### **¡Qué hacer?**

La pregunta que se sigue de estas constataciones es, desde ya, cómo, con qué fuerza, con qué estrategia, enfrentar la formidable maquinaria de destrucción del capitalismo? Negri, dice Callinicos, prefiere la “deserción y el éxodo”, que se traduce en la generación de redes alternativas por fuera del sistema dominante. Pero esta estrategia no ataca el núcleo duro de la concentración de recursos de la clase capitalista. La introducción del concepto de clase, en esta instancia, no es casual. Aquí Callinicos despliega lo mejor de su argumento a favor de la alternativa y la estrategia socialista. Nuestro autor planta sus reales en la idea de que el poder social capaz de llevar a cabo la agenda del MAC no puede prescindir de la clase trabajadora organizada. A causa de las

grandes derrotas de la clase en las últimas décadas (Callinicos menciona como modélicas las derrotas de la huelga de la Fiat, de la huelga de los controladores aéreos durante la administración Reagan, y de la huelga de los mineros ingleses bajo Thatcher), sumadas a la ola posmoderna con su zurrón de identidades fragmentadas y narrativas mínimas, la idea de la lucha de clases parecía obsoleta. “La creencia de que la clase está terminada siempre fue falsa, y es tiempo de que sea finalmente enterrada” (p 95). No vienen al caso las estadísticas, lo cierto es que para Callinicos el proceso de proletarización a escala global continúa y la clase trabajadora es hoy más numerosa y productiva que nunca (11). Hemos visto más arriba que la relación vertical de explotación implica a la vez una profunda injusticia y una cuestión de poder, esto es, los trabajadores, colectivamente organizados, son poderosos, puesto que pueden detener la extracción de plus-valor, fuente de las ganancias de los capitalistas. Y no sólo esto, los trabajadores tienen la capacidad y el interés en crear una sociedad sin clases ni explotación (p. 96). El corolario de esta tesis implica entonces que “el problema con la clase trabajadora no es estructural– la clase trabajadora no ha desaparecido de las relaciones de producción. Es en cambio un problema de colectividad –esto es, un problema sobre en qué medida categorías heterogéneas de trabajadores puedan tener éxito en forjarse a sí mismos como actor colectivo” (p.97-98). Desde ya que Callinicos no piensa en un MAC dominado por los trabajadores, pero le resulta inconcebible e inviable un MAC que pretenda prescindir de esta fuerza social.

“Reconocer el rol estratégico de la clase obrera organizada de ningún modo necesita amenazar la tan preciada diversidad del movimiento anti-capitalista. No implica una aceptación de la prioridad moral de los reclamos de los trabajadores sobre esos otros grupos oprimidos por el capitalismo global. Marx, en sus escritos económico maduros no dijo que la clase trabajadora *sufriera* más que otros; él sabía perfectamente bien que la mayoría de los obreros industriales estaban, en general, materialmente mejor que la mayoría de los campesinos (en nuestros días como en los suyos, el grupo de productores directos más grande del planeta). El reclamo de justicia es para que cada quien tenga igual acceso a los recursos que necesita para vivir una vida que tenga alguna razón de valorar; este es un reclamo basado en la necesidad, no en la contribución productiva. La significación de la clase trabajadora deriva del poder que tiene de realizar lo que la justicia demanda: como su explotación es central al funcionamiento del capitalismo, tiene la capacidad colectiva de desbaratar, paralizar y reorganizar la producción, y por lo tanto, de redireccionar la vida económica hacia un conjunto diferente de prioridades” (p 98-99).

Claro está –agrega el autor- que para que esto sea posible, se necesita que los líderes sindicales abandonen sus estrategias de compromiso con las patronales, amplíen su visión economicista, restringida a sólo lograr alguna mejoras inmediatas en las condiciones materiales de sus representados, y que los trabajadores se vean a sí mismos como parte de una comunidad más amplia que incluya a todos los oprimidos del planeta. También se necesitan algunos cambios de actitud dentro del MAC, especialmente entre los grupos hostiles a los trabajadores, grupos de algún modo elitistas que ven en la protesta un mero mecanismo de auto-realización y no una acción política dirigida a fines concretos (p.100). El caso argentino le viene a Callinicos como anillo al dedo para demostrar los riesgos que corre cualquier movimiento antisistémico

que pretenda desconocer y/o rechazar la inserción de la clase trabajadora. No se trata sólo de un problema teórico, es un problema estratégico, y que lleva implícita la discusión sobre qué tipo de democracia debe adoptar el MAC. Nuevamente, resulta imprescindible dejar que Callinicos hable extensamente con su propia voz.

“Las principales fuerzas sociales involucradas en el alzamiento contra el neoliberalismo de diciembre de 2001 en Argentina fueron los desocupados y lo que es vagamente llamado ‘clase media’ (en gran parte, los que están mejor entre los trabajadores de cuello blanco). Las asambleas populares barriales, presentadas como la principal forma a través de la cual el movimiento de masas estaba organizado, han sido ampliamente elogiadas como el comienzo de una nueva forma de democracia directa. No son, sin embargo, cuerpos representativos, sino reuniones de activistas. La clase obrera organizada en Argentina continúa siendo dominada por las federaciones sindicales lideradas por el peronismo que...fueron marginales en el movimiento. Este estado de fragmentación ha sido...positivamente bienvenido por lo autonomistas quienes lo ven como ‘la condición para la afirmación de una multiplicidad social’ –para el advenimiento de la multitud. Sin embargo, es probable que esto lleve a una situación en la cual las asambleas populares, careciendo del poder social para alcanzar una transformación fundamental, se reduzcan en tamaño y se vean aisladas, permitiendo que la derecha neoliberal y populista, y quizá incluso los militares, retomem la iniciativa. *Un movimiento anti-capitalista que desdeñe ganar el apoyo de la mayoría trabajadora eventualmente enfrentará la derrota*”(p. 101-102, el énfasis es nuestro).

Escrito en clave predictiva, el texto de Callinicos eriza la piel porque es difícil negar que esto ha sido exactamente lo que ocurrió. Las asambleas barriales se diluyeron, el movimiento obrero siguió mirando desde afuera, y la derecha neoliberal retomó la iniciativa al punto tal de relegitimarse con un proceso electoral que está a punto de concluir en un *ballotage* donde la opción está acotada a dos versiones de lo mismo.

Hacia el interior del MAC, entonces, conviven diversas visiones y estrategias. No se trata, como querrían algunos, de una “izquierda no ideológica”. Al contrario, hay muchas ideologías en pugna. El camino para la resolución de estas rivalidades también merece la atención de Callinicos. De plano, descarta la resolución espontánea que surgiría del proceso de lucha y movilización mismo. Por eso, reclama articulación de las ideologías que puedan ser articuladas y la búsqueda organizada de estrategias políticas. La diversidad del movimiento no es para alarmarse en el aquí y ahora, porque es un signo de su crecimiento. Pero “el *test* real será mantener, tanto como se pueda, la amplia unidad del movimiento –particularmente en las varias movilizaciones y foros que está produciendo continuamente –mientras que al mismo tiempo honesta y abiertamente se discutan los asuntos de análisis, estrategia y programa que lo dividen” (p.104)

### **Imaginación utópica**

En los últimos tramos de su libro *Equality*, Callinicos escribía que, para cambiar el sistema capitalista se requeriría “entre otras cosas, un renacimiento de la imaginación

utópica- esto es, nuestra capacidad de anticipar, al menos en borrador, una forma eficiente y democrática de coordinación económica sin mercado” (Callinicos 2000: 133) Ya vislumbraba en aquel momento que las mejores esperanzas para desafiar y combatir exitosamente al pensamiento único estaban gestándose en los movimientos de protesta capaces de “desarrollar visiones de cómo hacer funcionar mejor a este mundo. Aquí residen nuestras mejores esperanzas de forzar a la modernidad a cumplir finalmente sus promesas de igualdad y libertad” (Callinicos 2000: 133). Tres años después, en su *Manifiesto*, el autor despliega lo que en aquél entonces sólo podía esbozar. La historia le fue dando contenido a esta brillante anticipación. Así, en el Capítulo 3, titulado “Imaginando otros mundos”, Callinicos analiza los principios que motivan y deberían motivar al MAC. No son principios sacados de la galera, sino principios activos dentro del movimiento y a los cuales el autor intenta darles sentido programático. “En mi opinión –dice- cualquier alternativa al capitalismo en su forma actual debería, dentro de lo posible, alcanzar los requerimientos de (por lo menos) *justicia, eficiencia, democracia, y sustentabilidad*. Concibo como sustanciales a estos cuatro valores que, al menos en el presente contexto, tienen su propia justificación” (p.107, nuestro énfasis). Los cuatro principios mencionados, aclara oportunamente el autor, no pueden tomarse en forma aislada ya que adquieren significación cuando se los analiza como conjunto articulado..

La justicia como valor, tal como la presenta Callinicos, tiene su origen en las teorías desarrolladas en los últimos años por filósofos liberal-igualitarios como John Rawls, Ronald Dworkin, Amartya Sen, quienes han propuesto principios que, si bien están pensados para operar dentro del sistema capitalista, cuando se los examina con cuidado y se los lleva hasta las últimas consecuencias desafían frontalmente al sistema. Si bien hay diferencias entre estos teóricos “hay una significativa convergencia sobre la idea de que los individuos deben ser provistos con los recursos que requieren para asegurarles igual acceso a las ventajas que necesitan para vivir una vida que tengan razones de valorar y que las libertades deberían ser igualmente distribuidas” (p.107). Asimismo, Callinicos destaca el aporte del marxista analítico G.A. Cohen quien sostiene, contra Rawls, que no basta con instituciones justas si no se logra al mismo tiempo un *ethos* solidario que haga factible el funcionamiento de dichas instituciones. “Entonces, la justicia involucra *libertad, igualdad, y solidaridad*” (p. 108). Finalmente, respecto de la justicia, Callinicos sostiene que este valor debe extenderse a escala global, entre Estados, ya que, como se vio, los Estados también están sujetos a lo que Rawls llamaría “contingencias moralmente irrelevantes”. Un esquema internacional de justicia debería contemplar también los criterios del principio rawlsiano de la diferencia, cosa que Rawls mismo niega, y que para Callinicos es una perversidad. “La justicia hoy sólo puede ser cosmopolita” concluye el pensador inglés (p.109).

El valor de la eficiencia que reclama Callinicos para el MAC podría incomodar a más de uno de sus militantes. La eficiencia es, por decirlo muy llanamente, un “caballito de batalla” del capitalismo. Incluso en las discusiones teóricas más sofisticadas, suele plantearse la incompatibilidad entre justicia y eficiencia. Conviene decir aquí -porque no lo dice Callinicos- que para Rawls la justicia tiene primacía sobre la eficiencia aunque lo ideal es que ambas puedan coincidir (12). En este sentido, Callinicos prefiere valorar la eficiencia como correlato de la sustentabilidad. Y aquí viene a cuento el problema de las necesidades siempre flexibles y cambiantes de los seres humanos. El autor estima que, quizá, la sustentabilidad del desarrollo sea incompatible con el espectro de necesidades existentes. Pero se niega a buscar la respuesta en una reducción

de las necesidades y el retorno a cierta vida bucólicamente pobre. “La conclusión correcta es que deberíamos preferir un sistema económico que sostenga la mayor extensión de capacidades productivas humanas –más amplias en el tiempo y no en un momento dado- que sea consistente con los requerimientos de la justicia, democracia y sustentabilidad. En este sentido la eficiencia importa” (p.110).

La democracia como valor parece no tener serios rivales dentro del MAC. Si bien hay discusiones técnicas sobre cuál es la mejor forma de tomar decisiones, nadie duda que la dictadura económica de los mercados es incompatible con una auténtica democracia. Más adelante se verá cómo la democracia, según Callinicos, tiene que ver con la planificación económica.

El cuarto de los valores anti-capitalistas es la sustentabilidad. No hacen falta demasiados argumentos para convencerse de que el capitalismo ha puesto en serio riesgo la supervivencia misma del planeta. Hay acuerdo básico dentro del MAC en torno de que la sustentabilidad del desarrollo es un valor imprescindible. La búsqueda de fuentes energéticas alternativas es uno de los caminos que parecen más prometedores, a través del cual se puede evitar la reducción del consumo que algunos ven como única alternativa.

Al notar que los cuatro valores que considera clave para el MAC están formulados en términos universales, Callinicos se reserva unos párrafos para sostener dos proposiciones. Primero, que la construcción del MAC es en sí misma una apelación universal y, segundo, que la igualdad propuesta como valor no tiene por qué ser antagónica con la diferencia tan preciada por algunos sectores del MAC. Igualdad y diferencia son términos interdependientes, sostiene el autor, y agrega que, en última instancia, no hay por qué tenerle miedo a sostener principios universales.

Volviendo al problema de la eficiencia como valor, Callinicos se pregunta cuál es el problema del mercado, el cual es defendido como paradigma de la eficiencia por los defensores del capitalismo. En este sentido, Callinicos recurre a la obra de Karl Polanyi quien, tras caracterizar otros mercados subordinados a otras lógicas sociales, define al capitalismo como una “economía de mercado”, es decir, “un sistema económico controlado, regulado, y dirigido solamente por los mercados, el orden en la producción y distribución de los bienes es confiada a este mecanismo autorregulatorio...”(p.116) La economía de mercado, así definida, es incompatible con la justicia porque impide la igualdad de acceso a los recursos, porque supone una asimetría de poder incompatible con los principios de la democracia y porque, como se vio, es insostenible en términos ecológicos. Sólo le queda al capitalismo un último bastión para justificarse, y este bastión es el concepto de eficiencia, propio de los mercados, y uno de cuyos más sofisticados defensores ha sido, sin duda, Friedrich Hayek.

Para responder a este desafío, hay quienes proponen un socialismo de mercado, solución que Callinicos rechaza porque la concibe como inestable y propensa a colapsar probablemente en un nuevo capitalismo de mercado. Otra respuesta es la introducción de más regulaciones que no afecten la eficiencia intrínseca de los mecanismos de mercado. Como ya se vio, la línea reformista no es la que prefiere Callinicos. Sin embargo, y como para preparar los ánimos para introducir luego su programa de transición, nuestro autor afirma que “sólo un tonto negaría que algunas versiones del capitalismo son más humanas y justas que otras” (p. 121) lo cual no significa que estas

formas más humanas sean estables e inmunes a un retroceso hacia las formas aún más bárbaras.

Dado entonces que ni el socialismo de mercado, ni el capitalismo “civilizado” pueden dar las respuestas esperadas a los valores anticapitalistas, Callinicos asegura que lo que hace falta es planificación, planificación socialista. “Por planificación socialista entiendo un sistema económico donde la asignación y uso de recursos están determinados colectivamente sobre la base de procesos de decisión democráticos en los cuales el principio de mayoría es central” (p. 122). No ignora Callinicos que la más rápida objeción hará eje en la dudosa eficiencia de la planificación y su potencial contradicción con la democracia. A esto, Callinicos responde diciendo que la economía de mercado es cualquier cosa menos democrática. Entonces, alega que “la esperanza de una alternativa factible al capitalismo reside en una economía planificada, no en las imposiciones verticales desde el centro, sino en relaciones descentralizadas, horizontales entre productores y consumidores” (p. 125). No es éste el lugar para detallar los mecanismos propuestos por Callinicos: baste señalar que adhiere en líneas generales al sistema de “coordinación negociada” desarrollado por Pat Devine. Por supuesto, que este sistema demanda, ante todo, que los medios de producción, los recursos productivos impersonales deben pasar a ser de propiedad social (p.129). Luego, “una vez que los intercambios de mercado han sido sistemáticamente subordinados a procesos de decisión democráticos guiados por reclamos de necesidades... incluso si los precios y el dinero siguen jugando un rol como mecanismos convenientes de contabilidad, hay poco sentido en llamar al sistema resultante una economía de mercado. Los males del capitalismo sólo pueden ser superados, no rescatando el mercado, sino reemplazándolo” (p.132).

### **Un programa**

Llegado a este punto, Callinicos introduce finalmente su programa de transición. Reconoce que un sistema como el propuesto por Pat Devine no podrá ser implementado mágicamente, de la noche a la mañana. También admite que el Consenso de Washington, si bien está siendo severamente desafiado, no ha perdido toda su fuerza. Por lo tanto, sugiere que debe construirse un movimiento de masas que a la vez proponga remedios inmediatos para la barbarie capitalista y que, mediante estos mecanismos, comience a introducir una lógica social diferente. Un programa de transición, como ya se dijo, no surge de un laboratorio de ideas, sino que expresa demandas concretas de sujetos concretos. Así, el programa de transición es presentado para la discusión sin pretensión alguna de que sea tomado como algo definitivo. Dicho programa incluye once medidas, número mítico para el marxismo, y son las siguientes:

- 1- Inmediata cancelación de la deuda del Tercer Mundo.
- 2- Introducción de la Tasa Tobin a las transacciones monetarias internacionales.
- 3- Restitución de los controles de capitales.
- 4- Introducción de un ingreso básico universal.
- 5- Reducción de la semana laboral.
- 6- Defensa de los servicios públicos y renacionalización de las industrias privatizadas.
- 7- Impuestos progresivos para financiar los servicios del sector público y redistribuir riqueza e ingreso.



- 8- Abolición de los controles de inmigración y extensión de los derechos de ciudadanía.
- 9- Un programa para detener la catástrofe ambiental.
- 10- Disolución del complejo militar-industrial.
- 11- Defensa de las libertades cívicas.

La lista es meramente indicativa. Para cada uno de los puntos Callinicos ofrece una meditada justificación. Son demandas hechas a los Estados, ya que, como se vio, nuestro autor no admite como cierto el latiguillo neoliberal y posmoderno sobre la disolución de los Estados nacionales. Por eso, propone movilizaciones masivas para arrancarle a los Estados estas concesiones. Lo más importante es que todas las medidas, en última instancia, tienen en común el hecho de que ponen en entredicho la lógica del capitalismo en su forma actual. En suma “son lo que Trotsky llamaba demandas transicionales, reformas que emergen de la realidad de las luchas existentes pero cuya implementación en el actual contexto desafían las relaciones económicas capitalistas” (p. 140).

Hasta el lector menos avisado se dará cuenta de que, si en algún lugar del planeta se lograra la implementación de estas medidas, la respuesta del *establishment* no será una cerrada ovación. Al contrario, como siempre, quienes impulsen este programa tendrán que decidir entre volver atrás o seguir adelante, es decir, entre reforma o revolución: “...esta última opción –opina Callinicos- será una revolución no simplemente en el sentido de una transformación sistemática: sólo podría ser lograda mediante la superación –por la fuerza si es necesario- de la resistencia del capital y de aquellos que se movilizan detrás de él. Un movimiento que siguiera este camino podría tener éxito solamente si gana el activo apoyo de la mayoría de la población, particularmente con las reservas de fuerza colectiva que sólo la clase trabajadora organizada posee, y apelando a la solidaridad de movimientos similarmente inspirados en todo el mundo” (p.141). Nuestro autor sabe que proponer la vía revolucionaria es un acto de audacia inusual en estos tiempos, pero entiende también que cualquier otro camino está inexorablemente condenado al fracaso. Así, interpela al MAC para que adopte este camino para reemplazar al capitalismo global, no para reformarlo. Con optimismo asegura que el MAC “carga con la promesa real de la modernidad promoviendo una genuina emancipación universal que hará del destino del planeta y de aquellos en él un proyecto colectivo y democrático. Ahora, más que nunca, tenemos un mundo por ganar” (p 149). Así concluye el *Manifiesto Anti-capitalista*, con las mismas palabras que Marx y Engels usaran hacia el final de su *Manifiesto* de 1848.

## Notas

\* Profesor en Historia graduado en la Universidad Nacional del Litoral; Master of Arts en Filosofía Política graduado en la Universidad de York (Inglaterra), doctor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

1- En *Equality* (Polity Press, Cambridge, 2000) Callinicos examina la diversas teorías igualitarias contemporáneas, en particular las de John Rawls, Ronald Dworkin y Amartya Sen. Concede que estos aportes filosóficos vienen a suministrar herramientas teóricas muy útiles para el marxismo. Sin embargo, también se ocupa de demostrar cuán lejos están estas especulaciones formales de la insoportable desigualdad existente a

nivel global y hacia el interior de cada país. *Against the Third Way* (Polity Press, Cambridge, 2001a) es un ataque frontal contra las políticas de neoliberales disfrazadas de Tercera Vía. En particular, Callinicos polemiza con Anthony Guiddens y con los hacedores de políticas de la Tercera Vía, particularmente Tony Blair, Bill Clinton y Gerard Schröder.

2- Es nuestra la traducción de todos los pasajes del texto citados en esta reseña. Hemos tratado de mantener la vivacidad de la prosa de Callinicos, aunque quizá no hayamos sido del todo eficaces. Ante la duda, hemos optado por traducir casi literalmente.

3- Las nueve tesis anticapitalistas son: 1) El enemigo no es la globalización, sino el capitalismo global; 2) Las instituciones clave del capitalismo global son las corporaciones multinacionales, los estados capitalista líderes y las instituciones internacionales que reflejan sus intereses; 3) el capital es una relación, no una cosa; 4) los requisitos de la reproducción capitalista fijan los límites a su regulación y reforma; 5) la relación capitalista implica la dependencia del capital respecto de su opuesto, el trabajo asalariado; 6) la relación entre los trabajadores organizados y los otros movimientos sociales está en proceso de redefinición; 7) defender el medio ambiente significa desafiar al capitalismo; 8) modelos sociales alternativos emergerán de los movimientos anti-capitalistas; 9) trascender al capitalismo requiere una transformación revolucionaria de la sociedad (cf. Callinicos 2001a: 111-119).

4- En este mismo sentido, Atilio Boron ha sostenido que “el neoliberalismo fue ideológicamente intransigente, y no aceptó ninguna dilución de sus principios. Fueron su ‘dureza’ y su radicalidad los que hicieron posible su sobrevivencia en un clima ideológico-político sumamente hostil a sus propuestas. El compromiso y la moderación sólo hubieran servido para desdibujar por completo los perfiles distintivos de su proyecto, condenándolo a la inoperancia. La izquierda debe tomar nota de esta lección, siendo consciente de que la reafirmación de los principios socialistas no nos exime de la obligación de elaborar una agenda concreta y realista de políticas e iniciativas susceptibles de ser asumidas por gobiernos posneoliberales (Boron 2000: 131).

5- Para una pormenorizada cronología sobre el origen y desarrollo del MAC y algunos interesantes aportes al debate, véase la compilación de José Seoane y Emilo Taddei, *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre*.

6- Callinicos demuestra que el MAC es en efecto un movimiento anti-sistémico (y por ende anti-capitalista) en base al documento aprobado durante el Foro Social Mundial II de Porto Alegre (2002), el cual dice: “Estamos construyendo una amplia alianza a partir de nuestras luchas y resistencia contra un sistema basado en el sexismo, el racismo y la violencia, el cual privilegia los intereses del capital y el patriarcado por sobre las necesidades y aspiraciones de la gente” (Callinicos 2003: 15-16).

7- Callinicos admite haber modificado levemente el texto original de Marx para poder adecuarlo a la redacción deseada. El texto completo dice: “Es el mundo encantado e invertido, el mundo del revés, en el que *Monsieur le Capital et Madame la Terre*, a la vez caracteres sociales y simples cosas, bailan su ronda fantasmal” (Marx-Engels 1973: T.3, 810).

8- Callinicos no acepta la versión de John Mc Neill sobre las bases ideológicas de los desastres ambientales causados por el stalinismo. Invoca, para mostrar que la posición de Marx y Engels respecto de la naturaleza era más o menos respetuosa de lo que hoy denominaríamos ambientalismo, un largo fragmento escrito por Engels en su *Dialéctica de la Naturaleza*. Desde luego, siempre podrán hallarse contraejemplos.

9- Para una acertada discusión sobre la globalización como “etapa superior del imperialismo” puede consultarse también el artículo de Atilio Boron, “Pensamiento único y resignación política: los límites de la falsa coartada”.

10- Para una discusión a fondo de la política de los autonomistas, véase “Toni Negri in Perspective” una reseña en la cual nuestro autor rastrea los orígenes del autonomismo y denuncia su política claramente hostil hacia la clase trabajadora organizada. Asimismo, para observar el ambiguo rol de las ONGs, puede verse el artículo de Tessa Morris-Suzuki en el cual se cita un reporte del Rand Arroyo Centre, grupo asociado al ejército de EEUU. Dicho reporte recomienda, como antídoto contra la “guerra social en red” (social netwar) que “cuando sea posible, puede ser muy recomendable mejorar las habilidades de comunicación de Estados Unidos y sus aliados e incluso la coordinación con las ONGs que puedan afectar el curso y la conducta de una guerra social en red”.

11- Chris Harman, ha publicado recientemente en *International Socialism Journal* un fascinante artículo titulado “Workers of the World” en el cual demuestra, con pelos y señales, la misma posición que adopta Callinicos respecto de la existencia y crecimiento de la clase trabajadora a nivel mundial.

12- En efecto, Rawls señala que “la justicia tiene primacía frente a la eficiencia y exige algunos cambios que, en este sentido, no son eficientes. La congruencia se da sólo en el sentido de que un esquema perfectamente justo sea también eficiente” (Rawls 2000: 84).

## Referencias

Boron, Atilio (1999) “Pensamiento único y resignación política: los límites de la falsa coartada”, en Borón *et al* (comp.) *Tiempos Violentos*, Clacso-Eudeba, Buenos Aires.

Boron, Atilio (2000) *Tras el Búho de Minerva*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires-México.

Callinicos, Alex (1996) (1983) *The revolutionary ideas of Karl Marx*, Bookmarks, London-Chicago-Melbourne.

Callinicos, Alex (1999) *Social Theory. An historical Introduction*, New York University Press, New York.

Callinicos, Alex (2000) *Equality*, Polity Press, Cambridge, Inglaterra.

Callinicos, Alex (2001a) *Against the Third Way*, Polity Press, Cambridge, Inglaterra.

Callinicos, Alex (2001b) “Toni Negri in Perspective”, en *International Socialism Journal*, Issue 92, Autumn, p. 33-61.

Callinicos, Alex (2003) *An Anti-capitalist Manifesto*, Polity Press, Cambridge, Inglaterra.

Harman, Chris (2002) “The Workes of the World”, en *International Socialism Journal*, Issue 96 Autumn 2002.

Marx, Karl (1990) (1867) *Capital. Volume I*, Penguin Books, London, England.

Marx, K. & Engels, F. (1973) *Obras Escogidas*, Editorial Ciencias del Hombre, Buenos Aires.

Morris-Suzuki, Tessa (2000) “The ambiguity of NGOs”, *New Left Review*, Nro.2, March-April, p.63-84.

Rawls, John (2000) (1971) *Teoría de la Justicia*, Fondo de Cultura Económica, México.

Seoane, José & Taddei, Emilio (2001) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre*, Clacso, Buenos Aires.

St. Clair, Jeffrey (1999) “Seattle Diary”, en *New Left Review*, Number 238, Nov.-Dec., London, p. 81-96.